

CARTA OCTAVA.

SUMARIO: Tercera concupiscencia: la soberbia de la vida.— Lo que es, lo que quiere, lo que hace.—Espíritu general de insubordinación.—Fiebre de desorden.—Ambición del poder: intrigas, conspiraciones, revoluciones, tiranía.—Odio á toda autoridad.—Castigos provocados por el desorden de las tres concupiscencias —Última proposición: el error de creer que ésta vida es la vida, muy extendido en nuestros días.—Pruebas.—Peligros que amenazan.

QUERIDO AMIGO:

La soberbia de la vida es la tercera concupiscencia. Todos los días puedes verla con tus ojos y oirla con tus oídos. El mendigo hambriento no pide con tanto anhelo el pan que necesita para vivir, como los esclavos de las dos primeras concupiscencias van buscando, unos los placeres sensuales, otros las riquezas. Tienen hambre y sed de esto; hambre insaciable y sed inextinguible; hidrópicos que cuanto más beben más sed tienen: *Quo plus sunt potæ, plus sitiuntur aquæ*. Pues éstos encuentran en la soberbia de la vida el mejor medio de tener en abundancia place-

res y riquezas. Me pides le explicación de este misterio, y te la voy á dar.

Adorarse á sí mismo en sus ideas, en su talento, en sus cualidades físicas ó morales, en su excelencia, en su verdadera ó pretendida superioridad: esto es la soberbia de la vida. Autoridad, honores, consideraciones y alabanzas: eso es lo que quiere. Alzarse á los más altos grados de la escala social, tener en sus manos la posición presente y futura de una turba de subordinados, manejar arbitrariamente los negocios públicos ó privados, á veces poseer ó compartir el poder soberano: ciego es quien no vea en esto el medio más poderoso de satisfacer ámpliamente la doble concupiscencia de la carne y de los ojos.

Por esto, entre las tres grandes pasiones que asolan el mundo, la más furiosa es la ambición del poder. Si quieres ver lo que da de sí semejante levadura fermentando en el corazón del hombre, no tienes más que abrir los ojos y mirar á tu alrededor.

¿De dónde proviene el espíritu de insubordinación de que tan violentamente trabajadas se ven hoy todas las clases de la sociedad? De la soberbia de la vida. Nadie quiere ya obedecer; todos quieren mandar. En boca de todos anda: el operario quiere ser más que el que

le paga; el criado quiere ser más que el amo; el estudiante quiere ser más que el profesor; los hijos quieren ser más que el padre y que la madre. ¿Qué es esto? La soberbia de la vida.

¿Cuál es la causa que en tan gran número de individuos, así hombres como mujeres, produce esa fiebre de desorden? La soberbia de la vida. ¿Quién deja desiertos los campos y acumula en las grandes ciudades, en espera de todos los empleos, esos enjambres de famélicos pretendientes? La soberbia de la vida.

¿No es también esa misma concupiscencia la que puebla las naciones modernas de descontentos, de ambiciosos al por mayor y al menudeo, que creyéndose aptos para todo, holgazanean rondando todas las posiciones, tienen envidia á los que las ocupan, y con el corazón ó con la boca repiten este solo refrán: *Quítate tú para que entre yo?*

Si los que tienen el poder, las dignidades ó la fortuna no se mueren bastante pronto, ó no satisfacen pretensiones imposibles, la soberbia de la vida se da á buscar los medios de reemplazarles. Cual inmensa red, las sociedades secretas enlazan hoy ambos mundos. ¿Qué se propone este gran ejército de demoleedores? Apoderarse del poder, y re-

partirse como una presa las dignidades y las fortunas. Si examinas el principio que ha formado esas sociedades, y el movíl que las hace funcionar, encontrarás que es la soberbia de la vida.

Con igual evidencia se muestra en las intrigas y bajezas de la ambicion, en las conspiraciones y el regicidio, en los motines y revoluciones, en el despotismo de uno solo y en la tiranía de las muchedumbres, azotes que se han hecho endémicos en Europa, extremos funestos entre los cuales oscilan perpetuamente las naciones modernas.

¿Qué más diré? Como el árbol sale de la raíz, de la soberbia de la vida brotan, no sólo el odio al gobierno, sino también la negacion del derecho; la negacion de los derechos de Dios, de la Iglesia y del Papa; la negacion de los dogmas, de las obligaciones y de cuanto se impone á la razon ó á la voluntad; el odio y la negacion de todo lo que en cualquier grado representa el principio jerárquico de la autoridad religiosa y social.

Si, pues, consideras esta tercera concupiscencia en accion, reconocerás bien pronto que es, bajo todo aspecto, soberanamente desastrosa. Madre de la ambicion, ella es la que, alimentando los planes de su hija y aca-

riciando sus sueños, arruina las costumbres sociales, rebaja el carácter de las naciones, y las puebla de autómatas con el nombre de funcionarios.

Ella es la que trasforma á los depositarios del poder en chalanes de empleos, y sus antecelas en otros tantos bazares, en que todo se vende, porque se compra todo: la dignidad, el honor, la conciencia. Ella es, en fin, la que, haciendo á los pueblos ingobernables, acaba, como lo vemos en nuestros días, por convertir la sociedad en un campo de batalla, donde las pasiones desencadenadas se disputan con encarnizamiento los sucios y á veces ensangrentados girones del poder.

No es esto todo: el gran error que es padre de la tercera concupiscencia llama todos los azotes. Como el imán atrae al hierro, el crimen atrae al castigo. Dios no ha abdicado. Sin duda es paciente; mas no puede ser indefinidamente espectador impasible de la violación de sus leyes. Pues bien; lo acabamos de ver: la soberbia de la vida es la revolución permanente; el principio violador de todas las leyes divinas y humanas, religiosas y sociales.

Por otra parte, Dios quiere demasiado al hombre para que le deje vivir pacíficamente

en el mal. Como el padre quita de las manos de su hijo y rompe los juguetes que le entretienen con perjuicio de sus obligaciones, así, para romper el encanto fascinador que arrastra los hombres al abismo, Dios envía los azotes de su misericordiosa justicia.

Por eso se le ve echar sucesivamente sobre el mundo culpable las pestes, hambres, guerras, inundaciones, tormentas, terremotos, invasiones de bárbaros civilizados ó no civilizados, las dislocaciones sociales; avisos terribles que dicen al hombre: « Has errado el camino: esta vida no es la vida; busca en otra parte esa dicha de que sientes necesidad invencible » ¹.

Tal es, ordinariamente, la conducta de la Providencia. Si la fascinación de las bagatelas se generaliza y completa, son también los avisos más generales y más temibles. Déjase oír un ruido sordo, precursor de la tempestad; el edificio social se cuarteja y vacila, los tronos se desploman, los reinos y los pueblos se inclinan hacia su ruína: *Con-*

¹ «Justitia elevat gentem: miseros autem faciet populos peccatum». (Prov., XIV, 34). «Regnum a gente in gentem transfertur propter injustitias, et injurias, et contumelias et diversos dolos». (Eccli., x, 8.)

turbatæ sunt gentes et inclinata sunt regna.

La inquietud reina por todas partes: *Dicentes: pax, pax; et non erat pax.* Como el fuego subterráneo de antiguo comprimido, las concupiscencias irritadas por largo tiempo hacen su explosion y trastornan el orden social, entre tanto que todos los azotes del cielo, á manera de avalancha, se precipitan juntos sobre la tierra.

¿No es esto, querido amigo, lo que hace algunos años y ahora mismo estamos viendo? La América Meridional, ¿no tuvo que sufrir en seiscientas leguas de su litoral verdaderas escenas del fin del mundo? ¿La isla de San-Thomas no fué también asolada por el mar, invadida por montañas de agua, de altura, extensión y fuerza nunca vistas, que la arruinaron completamente? Y después el Africa, ¿no se cubrió de cien mil cadáveres de hombres, mujeres y niños muertos de hambre? ¹.

Pero omitamos los desastres parciales y las advertencias sucesivas. En 1866 cayeron juntamente sobre el mundo todos los azotes de

¹ Mayores han sido todavía los desastres que recientemente ha causado en la China el hambre, cuyos detalles no hemos podido leer en Europa sin estremecernos.

Dios: la peste de hombres y de animales; las misteriosas enfermedades de las viñas, de las patatas, de la caña de azúcar y de otros vegetales, en número de más de ciento; el hambre, la guerra, los temblores de tierra, las inundaciones y la plaga de la langosta. Si hay en la historia un año como ese, digo que no lo sé, y no tengo reparo en confesarlo; pues en esta ignorancia creo ir en muy sabia y numerosa compañía.

Si hubiera yo de hablar de las plagas del orden moral, ¿qué no habría de decir? Basta señalar una sola, el socialismo, cuyas olas van subiendo á ojos vistas, y amenazan echar abajo muy pronto las barreras ya harto quebrantadas que la fuerza material trata de oponerle. ¡Que los que tienen ojos para ver, vean! ¡Que los que tienen orejas para oír, oigan!

Para que el título de nuestra correspondencia quede justificado, réstanos, querido amigo, establecer la última proposición enunciada al principio de mi primera carta: lo haré en pocas palabras.

4.º EL ERROR QUE CONSISTE EN CREER QUE ESTA VIDA ES LA VIDA, ESTÁ, POR DESGRACIA, MUY EXTENDIDO EN NUESTROS DÍAS. No se puede negar: es grande, grandísimo el número

de las víctimas; hormiguean en las ciudades y en los campos. En todas las naciones del antiguo y nuevo mundo, las categorías más elevadas, acaso más aún que las clases inferiores, le pagan largo tributo, y todo eso que se llama progreso tiende á aumentarlo. No es un misterio para nadie: el siglo xix rueda hacia el materialismo y sensualismo, y por consiguiente, hacia la negacion práctica de toda otra vida que no sea la presente.

Indudablemente se han visto en todas las épocas hombres que profesaban con su conducta la negación de la vida futura, como en todos los siglos ha habido cojos y ciegos. Pero todo un siglo, todo un mundo de ciegos ó de cojos, ó por lo ménos, un siglo y un mundo en que la mayoría de los hombres sean ciegos y cojos, eso no se ha visto más que en las épocas fatales de la historia, en la época del diluvio, en la de los bárbaros, y ahora.

¿Cómo representar esta culpable degradación de la humanidad? Tú habrás visto al trapero nocturno, con su canasto á la espalda, recorriendo las calles de París, llevando en una mano el farol, bajo hasta el suelo, y el gancho en la otra, parándose en todos los montones de basura para buscar algunos pe-

dazos sucios de tela ó de papel, que echa en el canasto.

He ahí, perdóneme que lo diga, he ahí al siglo xix, á este gran trapero, que á la luz vacilante de su debil razon busca la vida en la muerte buscándola en la carne. A cada cosa que descubre en el orden material se pára y se crea una nueva necesidad ficticia, excita una nueva concupiscencia, y se hace esclavo de un nuevo señor. Tal es, como lo he dicho desde el principio, y quisiera tener cien voces para repetirlo, tal es *el gran error del siglo xix*.

Ese error pesa sobre nuestro siglo, le penetra por todas partes, le inficiona en toda la contextura de su vida. El pozo del abismo está abierto, y de entre medio de la negra humareda que despide, salen nubes de asoladora langosta. Este nombre hay que dar á los monstruosos é innumerables errores que hoy mismo causan espanto aún á los corazones mejor templados, y cuya mision infernal es devorar la Religion cristiana, la moral cristiana, lo sobrenatural cristiano, la vida de la fe, para hacer prevalecer en todo y por todo la vida de los sentidos.

Pues este error, en el cual vienen á reunirse prácticamente todos los otros errores,

conduce fatalmente hacia el abismo al siglo XIX. He ahí por qué no me canso de repetirlo una vez más, y por qué yo pagaría con mi vida el tener una voz bastante poderosa para hacerme oír de todos, reyes y pueblos, adormecedores y adormecidos. La historia de lo pasado es la predicción de lo futuro.

Al ver á los hombres antediluvianos casi universalmente entregados á la triple concupiscencia, cuyo cuadro hemos bosquejado, el Criador tuvo tan profundo dolor, *tactus dolore cordis intrinsecus*, que se arrepintió de haber hecho al hombre. Y añadió: « Puesto que no solamente toda carne ha corrompido sus caminos, sino que el hombre se ha hecho carne, mi Espíritu no permanecerá en él; perecerá, y con él las criaturas que ha hecho instrumentos de iniquidad »¹.

La amenaza fué de cerca seguida por el castigo: vino el diluvio y se los llevó á todos: *Venit diluuium et tulit omnes*.

¿Por qué los hombres antediluvianos se habían hecho carne? Porque habían tomado esta vida por la vida verdadera. La vida de

¹ Gen., vi, 3-13. Ya se sabe en qué sentido se deben tomar el dolor y el arrepentimiento de Dios.

arriba la habían olvidado. Para ellos el mundo sobrenatural no era nada: el mundo material lo era todo. Fascinados por este error desastroso, ¿qué hacían? Oigamos la respuesta. No pensaban sino en las necesidades y placeres del cuerpo, en comer y beber, en casar y casarse, en comprar y vender, en plantar y edificar¹. Añadamos un último rasgo, que no es el ménos característico: hacían burla de Noé, quien fabricando su arca les anunciaba que aquello iba á concluir mal.

Ahora, querido amigo, hazte cargo de ellos, óyelos, pregúntales y dime: los hombres y los pueblos de hoy día, en general, ¿hacen otra cosa? ¿Piensan en otra cosa? ¿Desean otra cosa? El mundo sobrenatural, ¿pesa en la conducta del mayor número más que una barba de pluma en el platillo de una balanza? Bien lo podemos poner en duda. El comercio y la industria, la industria y el comercio, ¿no son su eterno refrán, el centro de su acción y su atracción?

El comercio y la industria, ó como ellos dicen, las especulaciones y los negocios,

¹ «Edebant et bibebant; uxores ducebant et dabantur ad nuptias. Emebant et vendebant; plantabant et ædificabant». (Math., xxiv, 38; Luc., xvii, 27.)

¿para qué? Para tener oro. Y el oro, ¿para qué? Para procurarse goces: goces para la vista, para el oído, para la boca, para todos los sentidos y para todas las concupiscencias. ¿No es la última palabra de las muchedumbres, ricas y pobres, en el siglo XIX, como lo fué de las muchedumbres anteriores al diluvio la víspera del cataclismo, y de las muchedumbres greco-romanas cuando la invasión de los bárbaros: *Duas tantum res anxius optat; panem et circenses?* ¿Y por qué esto? Porque el hombre moderno, como el antiguo, se ha hecho carne. Porque se ha dejado fascinar por el gran error, que consiste en creer que la vida de acá es la vida.

Para que el paralelismo sea completo, este siglo no sufre que se le hable, ni de lo sobrenatural, para lo cual ha sido formado, ni de los peligros que le amenazan. Los que tienen el valor de hablarle de eso, sacerdotes, obispos ó papas, son unos alarmistas, á quien vuelve la espalda; Noés de quien se ríe, inteligencias atrasadas, espíritus sombríos, séres odiosos, cuya sola vista molesta.

Y sin embargo, ¿cuál puede ser el porvenir reservado á un siglo que se ha hecho carne; «que se ha cosido á su arado; que pone su gloria en sus máquinas y en la garrocha con

que arrea á sus bueyes; que no habla más que de crías, agricultura y trabajos materiales, cuyas conversaciones son siempre de becerras; cuyo corazón está engolfado en los surcos y su pensamiento en la grasa de las vacas?»⁴.

Vergonzosa y deplorable fascinación, signo demasiado cierto de próximas catástrofes, error inmenso que se extiende y esparce de día en día. Por Dios, querido amigo, guárdate de caer en él: esta es la mejor despedida que puedo darte al terminar mi larga carta.

Tu afectísimo...

⁴ «Qua sapientia replebitur qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum: cor suum dabit ad versandos sulcos, et vigilia ejus in sagina vaccarum?» (Eccli., xxxviii, 25-27.)